



SERIE: UN ESPÍRITU MAYOR EN NOSOTROS

TEMA: PALABRA DE DIOS Y TESTIMONIO

TEXTO: DANIEL 4:4-9; 5:8-14

Introducción:

“... Yo Nabucodonosor estaba tranquilo en mi casa, y floreciente en mi palacio. Vi un sueño que me espantó, y tendido en cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron. Por esto mandé que vinieran delante de mí todos los sabios de Babilonia, para que me mostrasen la interpretación del sueño. Y vinieron magos, astrólogos, caldeos y adivinos, y les dije el sueño, pero no me pudieron mostrar su interpretación, hasta que entró delante de mí Daniel, cuyo nombre es Beltsasar, como el nombre de mi dios, y en quien mora el espíritu de los dioses santos. Conté delante de él el sueño, diciendo: Beltsasar, jefe de los magos, ya que he entendido que hay en ti espíritu de los dioses santos, y que ningún misterio se te esconde, declárame las visiones de mi sueño que he visto, y su interpretación...” La historia se repite generación tras generación: las dos monarquías, Nabucodonosor y Belsasar, tuvieron que reconocer que necesitaban ayuda superior. De la misma manera la generación actual, necesita que la iglesia de Jesucristo esté revestida con un espíritu mayor, que no es otro que el Espíritu Santo que en el día de pentecostés se anidó en aquellos 120 que estaban en el aposento alto (**Hechos 2:1-4**).

Consideremos: ¿Cuándo recibimos un espíritu mayor?

a) Cuando nacemos de nuevo:

La palabra de Dios deja en claro que hasta que no hayamos nacido de nuevo no tenemos ese espíritu mayor, sino que tenemos el espíritu del mundo. Jesucristo mostró que con el nuevo nacimiento, sucede en nosotros el nacimiento espiritual (**San Juan 3:3-7**).

b) Cuando se lo pedimos al Padre:

La primera iglesia supo esperar la venida del Espíritu Santo. Jesucristo lo había prometido, y los 120 supieron esperar. En la actualidad sabemos que el Espíritu Santo, como espíritu mayor, se ha anidado en la iglesia, pero de igual manera los hijos de Dios debemos seguir anhelando el derramamiento del espíritu mayor (**Lucas 11:13**).

Cualquier papá no les daría a sus hijos algo que pueda causarles algún daño. Dios, presentándose como Padre celestial, nunca daría un espíritu que nos dañe en el cuerpo o en el alma o en la mente, porque Él nos da su propio Espíritu.

CONCLUSIÓN:

Satanás desea que los hijos de Dios solo reciban gotitas de la lluvia espiritual, pero vemos que el Padre ofrece su espíritu en abundancia (**Juan 7:38**).